

aplicaba a las colonias. «Si como nación, estamos terminados, sin fuerza, sin alma, sin voluntad, los macololos, Mashona, Niassa, los lagos y toda África serán para nosotros tan inútiles, como inútiles eran para el pobre rey Senaquerib, que tenía ciento diez años y temblaba de frío bajo el sol de Asiria» –declara Eça de Queiroz en «El Ultimátum», ensayo aparecido en la *Revista de Portugal* en febrero de 1890, firmado bajo el pseudónimo de João Gomes<sup>7</sup>. Allí Eça analiza con equilibrio la situación planteada tras el Ultimátum a la vez que expresa con gran argucia, pese a la distancia que impone la misión diplomática en París, el estado de ánimo colectivo: «Ahora que todos se declaran despiertos, y saltan a la arena, gritando, con los brazos arremangados, listos para la faena, que comience la empresa, la única verdaderamente patriótica, que es la de reconstituir la Patria». Y enseguida expone a la consideración nacional un ambicioso plan de reformas: «Tendríamos que crear la riqueza, como pueblo agrícola que somos, por los medios que el saber positivo ha indicado y la política ha diseñado. (...) Tendríamos también que fundar industrias, nacionalizando las obras públicas para hacerlas vivir y nacionalizando los transportes para hacerlos circular... Tendríamos además que reformar la enseñanza científica y fundar seriamente la enseñanza técnica. Tendríamos, en fin, (para no desanimar a las buenas voluntades con un programa muy pesado) que preparar por medio de la educación física, generaciones que posean el músculo, el vigor, la salud y el poder de arrostrar trabajos que a nosotros tan lamentablemente nos faltan. Y tendríamos además (sólo este detalle más) que crear en nosotros mismos hábitos de energía y disciplina, orden, fuerza, perseverancia, reflexionando que sin buenas costumbres de nada valen las buenas instituciones...»<sup>8</sup>

Una larga prédica generacional, sobre las culpas de la *decadencia* de los pueblos peninsulares, antecedió a estas manifestaciones. La primera aparición pública importante del intelectual moderno en Portugal ocurrió hacia 1871, año de las famosas cinco *Conferencias Democráticas del Casino Lisboense*, acontecimiento durante el cual la *Generación del 70* dio a conocer su ideario regenerador y revolucionario. «La generación del 70 fue, pues, un grupo de hombres, en varios momentos diversamente reunidos para contestar y discutir valores culturales más o menos resueltos (tesis históricas, corrientes literarias, estados de mentalidad, patrones de educación), pero fue también una problemática, una actitud mental, una interrogación

<sup>7</sup> José María Eça de Queiroz, «O Ultimatum», Cartas inéditas de Fradique Mendes e mais páginas esquecidas, Obras Completas, ed. cit., T. III, p. 945.

<sup>8</sup> *Ibidem*, pág. 952.

sobre la identidad nacional...» explica Antonio Machado Pires<sup>9</sup>. Es precisamente en este contexto de emergencia del intelectual moderno en Portugal, que va desde 1871 a 1890, donde debe inscribirse gran parte de la obra de José Maria Eça de Queiroz, especialmente ligada al periodismo y que encontró en el ensayo y la crónica sus formas privilegiadas de expresión. Los años de formación del Eça polemista y crítico social, que van de 1866 (año de inicio en la *Gazeta de Portugal*) a 1870 aproximadamente, marcados todavía por el influjo de la estética romántica, son tributarios del periodismo satírico y de ideas que ocupaba el espacio del folletín. Parte de las colaboraciones de ese período (aparecidas en *Gazeta de Portugal*, *Distrito de Évora* y *Revolução de Setembro*) puede leerse en los libros *Prosas Bárbaras* y *Cartas de Lisboa*, dados a conocer, póstumos, en 1903 y 1944 respectivamente. Jaime Batalha Reis, en el prólogo de *Prosas Bárbaras*, traza un ameno perfil del joven Eça de esos años. «Aunque episódicamente hable de asuntos enteramente reales –dice–, de América del Norte, de Lisboa, de la vida de estudiante de Coimbra, es siempre el mismo sustrato visionario de la realidad, para el cual su espíritu busca expresión»<sup>10</sup>.

En 1871 Eça de Queiroz se encolumna tras el nuevo ideario naturalista que tiene a Antero de Quental como líder y modelo espiritual. «Antero resumió, con desusado brillo, el tipo de académico revolucionario y racionalista, de allí comenzó su popularidad y leyenda»<sup>11</sup>. Durante las *Conferencias*, Eça pronunció la que llevó por título «El Realismo como expresión del arte» en la cual lanzó el provocativo y decidido llamado a favor de la ética proudhoniana y de un giro científico en literatura: «la defensa del realismo, entendido como ‘la gran revolución literaria del siglo’, destinado a tener en la sociedad y en las costumbres una influencia profunda»<sup>12</sup>. Para Eça, el realismo era la base filosófica de todas las concepciones espirituales, una guía del pensamiento humano. No se trataba de un modo de exponer la realidad en sus detalles menudos sino la negación del arte por el arte y la proscripción de lo convencional y lo enfático. Era, por eso, una reacción contra el romanticismo. Contra la apoteosis del sentimiento Eça oponía la anatomía del carácter. El realismo tenía como meta condenar el mal

<sup>9</sup> Cfr. Antonio Machado Pires, *A ideia de decadência na Geração de 70*, 2ª ed., Lisboa, Vega, 1992, p. 53.

<sup>10</sup> José María Eça de Queiroz, *Prosas Bárbaras*, Obras Completas, ed. cit., T. I., p. 561.

<sup>11</sup> José María Eça de Queiroz, *Notas Contemporâneas*, Obras Completas, ed. cit., T. III., p. 1545.

<sup>12</sup> Eça de Queiroz, *carta del 30 de marzo de 1878*, citada por Carlos Reis, *Literatura portuguesa moderna y contemporânea*, Lisboa, Universidade Aberta, 1990, p. 124.